

sentación que viene a ser nuestro recuerdo irreal y confuso—o difuso—del objeto conocido. Y hay gentes que tienen la facultad de reproducir una imagen o un objeto exactamente, tan vividamente como si lo tuvieran ante los ojos, al modo de aquel pintor de que habla *Taine* que se hizo célebre porque podía copiar de memoria, con toda exactitud, el rostro de una persona después de verla unos segundos. *Hass*, que era eidético, asegura que normalmente él vé todo lo que piensa; que esas imágenes se despiertan exclusivamente por una actividad voluntaria, y que, en tales visiones, pobres de perspectiva, los colores se dan en tonos apagados o en los complementarios del percibido, y a veces se reúnen con lo visual representaciones de otros sentidos por un proceso de sinestesia. Por lo demás, ya *Jaensch* había indicado que tal posibilidad se dá también en cuanto al oído y la sensibilidad cutánea, había acercado a ese fenómeno las alteraciones de la percepción producidas por ciertos tóxicos (la mescalina, por ejemplo, que hace percibir el mundo exterior lleno de luz y color con resaltes vigorosos, al tiempo que perturba la percepción del movimiento lentificándole o haciéndole inusitadamente vivo, por más que *Hass* asegura que las alucinaciones mescalínicas espantan al fenómeno puramente eidético) y—lo que es para nosotros más interesante—había ligado la esencia del fenómeno con una cierta disposición somática, condicionada fundamentalmente sobre variaciones de la fórmula endocrina—el tiroides y las paratiroides en primer término.

El concierto endocrino—vegetativo regula a un tiempo la forma corporal y el temperamento, es decir, el conjunto de cualidades afectivas de una personali-

